

Capítulo 12

Daniel ve el fin del mundo

([índice](#))

Daniel 12:1: En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo. Será tiempo de angustia cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen inscritos en el libro.

“Miguel” es el propio Cristo. “Se levantará” significa que va a comenzar a reinar como Rey de reyes y Señor de señores. Aprendemos eso al relacionar este versículo con Daniel 11:3-4, donde vimos que el reino de Alejandro Magno sería quebrantado y dividido en cuatro partes al poco tiempo de haberse “levantado”, es decir, de haber comenzado a reinar.

Cuando llegue a su final el “rey del norte”, Cristo iniciará su tan esperado reinado. Hasta ahora ha venido realizando su obra como Mediador y Sumo Sacerdote en el santuario celestial. “En aquel tiempo” que estamos considerando cesará su obra para salvar del pecado, y vendrá a ser el poderoso Juez para sus enemigos y el Protector para su pueblo. Si esperamos a entregarnos al Salvador hasta que el “rey del norte” haya llegado a su fin, será demasiado tarde. Para entonces se habrá cerrado para siempre la puerta de la gracia para el perdón que por tanto tiempo permaneció abierta.

Cuando Cristo deje de interceder por los hombres culpables, el Espíritu Santo se retirará. El mundo de hoy alberga un espíritu explosivo de rebelión y odio reprimido tal, que la gente se va a

asombrar sin medida cuando se retire finalmente la influencia restrictiva del Espíritu Santo. Aquel “será tiempo de angustia cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces”. De vez en cuando, incluso ahora, captamos vislumbres del horror que ha de sobrecoger al mundo cuando haya rechazado irreversiblemente al Espíritu de Dios. Eso no es más que un anticipo de lo que va a experimentar el mundo entero cuando se haya cerrado la puerta. Los incrédulos serán dejados sin restricción a su propia suerte y elección, a sus propios caminos.

“Pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen inscritos en el libro”. “Tu pueblo” —el pueblo de Daniel— es el pueblo de Dios. No es una tribu, raza o nación en particular. No es la nación judía, sino los creyentes de toda nación, tribu, lengua y pueblo (Apocalipsis 14:6). Sus nombres fueron retenidos “en el libro” porque respondieron a ese amor de Cristo que nos busca (Gálatas 3:29).

Ese libro importante en el que figuran los nombres de quienes forman el pueblo de Dios, es “el libro de la vida del Cordero” citado en Apocalipsis 13:8. Se lo llama así porque sólo aquellos cuyos nombres permanezcan en él recibirán el don de la vida eterna de forma definitiva. Al apóstol Juan se le mostró en visión que “el que no se halló inscrito en el libro de la vida, fue lanzado al lago de fuego” (Apocalipsis 20:15).

Debemos asegurarnos de que, tras haberse escrito nuestros nombres en el libro de la vida, no sean borrados: “El vencedor será vestido de vestiduras blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles” (Apocalipsis 3:5, ver también 22:19). Seremos los más felices del universo cuando le oigamos confesar nuestro nombre.

A algunos cuyos nombres estuvieron escritos en ese libro de la vida, les serán borrados. Es el caso de Judas Iscariote, uno de los doce apóstoles, bien conocido. En lugar de vencer su amor al dinero, permitió que este le venciera hasta el punto de vender al Hijo de Dios por treinta piezas de plata. También el rey Saúl, quien experimentó a veces el poder del Espíritu Santo en su corazón (1 Samuel 10:6; 19:23-24), pero que más tarde cedió a los celos y el odio, y se rebeló contra el Señor. Estaba celoso de David hasta que un mal espíritu poseyó su corazón. Murió en su pecado, sin esperanza. Están Coré, Datán y Abiram, dirigentes de Israel, quienes se rebelaron contra Dios y contra Moisés, su siervo escogido (Números 16), así como otros cuyas experiencias quedaron “[escritas para amonestarnos a nosotros, que vivimos en estos tiempos finales](#)” (1 Corintios 10:11).

Antes que Jesús cese en su obra como Sumo Sacerdote en el santuario celestial ha de quedar determinado qué nombres van a seguir en el libro de la vida y cuáles van a ser borrados. Se trata de un proceso de juicio investigador. Algunos lo llaman juicio previo al advenimiento, ya que ha de tener lugar antes del regreso de Jesús a la tierra. Cuando ese proceso se haya completado, “[Miguel](#)” (otro nombre de Cristo) “[se levantará](#)” y comenzará a reinar, a ejercer de Rey; ya no más como Sumo Sacerdote para otorgar perdón al pecador arrepentido. La puerta de la gracia que ha estado abierta para el pecador por tanto tiempo, habrá quedado entonces cerrada. Se pronunciará el decreto solemne: “[El que es injusto, sea injusto todavía; el que es impuro, sea impuro todavía; el que es justo, practique la justicia todavía, y el que es santo, santifíquese más todavía](#)” (Apocalipsis 22:11). En ese punto del tiempo, lo que seamos es lo que seguiremos siendo por siempre. ¿Asusta? Si es así, demos gracias porque aún no se ha cumplido el primer versículo, aunque falte muy poco para que suceda.

De entre los que ya murieron, algunos serán juzgados justos en esa investigación judicial previa al advenimiento. Jesús se refirió a ellos como “los que son tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos” (Lucas 20:35). También algunos entre los vivos serán tenidos por justos. Jesús se refiere a ellos como los que serán “tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del hombre” (Lucas 21:36). Eso significa la traslación al cielo cuando él venga.

Se trata del juicio que vio Daniel en el capítulo séptimo, versículos noveno y décimo, cuando “se sentó un Anciano de días ... miles de miles lo servían, y millones de millones estaban delante de él. El Juez se sentó y los libros fueron abiertos”. El juicio investigador tiene lugar mientras las personas vivimos aquí en la tierra, ya que Jesús dijo: “Velad, pues, orando en todo tiempo que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del hombre” (Lucas 21:36). Ese juicio de investigación sucede como parte de la purificación del santuario, que tal como vimos en el capítulo octavo comenzó en 1844, al final de los 2.300 años de la profecía.

En ese juicio no sólo se tiene en cuenta el libro de la vida. Hay otros libros que registran nuestras palabras, hechos, y hasta nuestros pensamientos secretos (ver también Malaquías 3:16-18; 1 Corintios 4:5; Eclesiastés 12:14). “Toda cosa oculta” va a ser revelada en el juicio, va a ser expuesta ante los “millones y millones” de ángeles —y posteriormente de personas— a menos que mediante el arrepentimiento y la confesión seamos perdonados, y nuestros pecados sean borrados mediante la sangre de Cristo, mientras dura el tiempo de prueba.

En cada caso algo va a ser *borrado*: o bien será borrado nuestro nombre del libro de la vida tal como Jesús afirmó que sucedería si no queremos vencer, o bien nuestros pecados.

Pedro afirmó refiriéndose a este tiempo: “*Arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de consuelo, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado*” (Hechos 3:19-20). Escribió el sabio Salomón: “*El que oculta sus pecados no prosperará, pero el que los confiesa y se aparta de ellos alcanzará misericordia*” (Proverbios 28:13). En la cruz de Cristo se encontraron la misericordia y la verdad, la justicia y la paz (Salmo 85:10). Es la sangre de Jesús crucificado la que lava y borra nuestros pecados. Eso encierra dos verdades: en primer lugar, la ley quebrantada encontró en él una sustitución *legal*; y en segundo lugar, el amor que reveló en el sacrificio de sí mismo nos lleva a *experimentar un cambio de corazón* (Salmo 51:1-2). “*¡Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!*” (Juan 1:29). No *encubre* el pecado, sino que lo “*quita*” del corazón.

Ese “*poner fin al pecado*”, “*expiar la iniquidad*” y “*terminar la prevaricación*” (Daniel 9:24) es lo que se completa plenamente en la purificación del santuario. Esa obra sólo es posible en virtud del sacrificio que Jesús hizo en la cruz. Tiene un efecto en los corazones del pueblo de Dios en la tierra, ya que los libros del cielo jamás pueden ser purificados del registro de nuestros pecados a menos que nuestros corazones hayan sido purificados de pecado aquí en esta tierra. De otra forma serían registros falsos y sin sentido.

De entre los que viven, quienes sean hallados dignos de la vida eterna cuando Cristo regrese, serán “*los que [hoy] siguen al Cordero por dondequiera que va*”, aquellos en cuyas “*bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios*”

(Apocalipsis 14:5). Conseguir todo eso es el fin por el que Cristo murió en la cruz.

Daniel 12:2: Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados: unos para vida eterna, otros para vergüenza y confusión perpetua.

Habrán *dos resurrecciones generales*: la primera, la de aquellos que murieron en la fe. Estos resucitarán cuando Jesús regrese en su segunda venida (Juan 5:28-29; 1 Tesalonicenses 4:16-17); y la segunda resurrección, la de los incrédulos, que tendrá lugar al final del milenio del que habla Apocalipsis 20:5 y 7-8.

Pero esa resurrección de la que habla el ángel en Daniel 12:2 es un caso *especial*. Se produce antes de la segunda venida de Cristo, y es una resurrección mixta de buenos y malos. Vemos también esa resurrección especial en Apocalipsis 1:7, donde aprendemos que algunos de los que crucificaron literalmente a Cristo estarán entre los que contemplarán cómo viene en gloria con las nubes de los cielos. Entre ellos estará Caifás, a quien Cristo aseguró que lo vería regresar en gloria (Mateo 26:64). ¡Y lo va a ver! Los que fueron particularmente rebeldes tendrán la oportunidad de ver la gloria de Aquel a quien odiaron y crucificaron. El Padre no va a torturarlos físicamente: será suficiente tortura lo que van a ver. Y es de justicia que a algunos de los justos se les conceda el privilegio especial de ver la venida de su Señor y Salvador.

Daniel 12:3-4, LBLA: Los entendidos brillarán como el resplandor del firmamento, y los que guiaron a muchos a la justicia, como las estrellas, por siempre jamás. Pero tú, Daniel, guarda en secreto estas palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos correrán de aquí para allá, y el conocimiento aumentará.

Los “entendidos” han sufrido frecuentemente en este mundo de maldad. Vivir una vida de fe tiene un costo. Abandonamos amigos, riqueza, propiedades, comodidades, y una vida fácil. En ocasiones nos abandonan miembros de nuestra propia familia. Llevamos la cruz con Cristo, sufrimos con él. Soportamos el ridículo y el reproche en la soledad y privación. Todo por él.

Pero ¿quién se atreverá a decir que es un precio demasiado alto? “Los que guiaron a muchos a la justicia”, los que dedicaron sus vidas sacrificándose en procura de la salvación de otros, tendrán una abundante recompensa que es inconmensurable.

Es Satanás quien nos desconcierta y confunde. Él nos susurra: ‘No puedes permitirte sacrificar todo esto por guardar el sábado. ¡No vas a aislarte de tu familia por la cruz de Cristo!’

Pero la verdad es que ganamos infinitamente más permaneciendo con Cristo. Podemos perder el trabajo, la propiedad, el dinero, los amigos e incluso un esposo o esposa, hijos o padres. Pero a cambio tenemos una herencia tan permanente como las estrellas que vemos brillar en el firmamento, junto a Cristo y los redimidos.

No dudemos en derramar nuestras vidas cooperando para que la obra de Dios llegue a su fin en la tierra. “El que gana almas es sabio” (Proverbios 11:30), y son los sabios, los “entendidos”, quienes brillarán por la eternidad.

El libro de Daniel, cerrado y sellado en sus días, iba a ser abierto y comprendido en el tiempo del fin. Ahora no hay nada en él que esté guardado “en secreto” ni sellado. Correr “de aquí para allá” se puede referir a la intensa investigación de que sería objeto el libro en el tiempo del fin, permitiendo así que aumentara “el conocimiento” de su mensaje. Desde el inicio de ese tiempo del fin

en 1798 se ha intensificado el interés a nivel mundial en el libro de Daniel.

La expresión también se puede referir a los avances en el transporte y el conocimiento científico que han ido paralelos al aumento del conocimiento sobre la Biblia. Mediante descubrimientos científicos inéditos el Señor ha preparado los medios para la proclamación de su mensaje para los últimos días. Prácticamente nadie está al margen de la explosión en los medios de información y comunicación. Un ejemplo es la facilidad con que podemos comunicarnos telefónica o informáticamente con cualquier persona en cualquier parte del planeta Tierra en tiempo real. El común de la humanidad de hace sólo una o dos generaciones ni siquiera pudo soñar con algo así.

Cuando uno compara los seis mil años de historia humana con un simple día desde que sale el sol hasta que se pone, se podría decir que la humanidad ha estado sumida en un tranquilo sueño en las edades pasadas desde la salida del sol hasta veinte minutos antes de que se ponga, momento en el que ha despertado súbitamente y se han producido la inmensa mayoría de adelantos e inventos de los que hoy disfrutamos.

Daniel 12:5-7: Yo, Daniel, miré y vi a otros dos que estaban en pie, uno a este lado del río y el otro al otro lado. Y dijo uno al varón vestido de lino que estaba sobre las aguas del río: “¿Cuándo será el fin de estas maravillas?”. Oí al varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río, el cual alzó su mano derecha y su mano izquierda al cielo y juró por el que vive por los siglos, que será por tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo. Y cuando se acabe la dispersión del poder del pueblo santo, todas estas cosas se cumplirán.

Daniel oye esa conversación entre dos ángeles, en la que se cita la misma profecía de tiempo que ya vimos en el capítulo séptimo, versículo 25: “**Tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo**”, que son tres años y medio de tiempo profético (contando 360 días del año bíblico, llegamos a un total de 1.260 días. Dado que cada día simboliza un año —Ezequiel 4:6—, totalizan 1.260 años literales). Durante ese tiempo el depredador del pueblo de Dios ha prosperado en su obra maliciosa. Una vez terminada su supremacía, comparativamente no queda sino un breve tiempo antes que se haga realidad la declaración: “**Todas estas cosas se cumplirán**”.

El libro de Apocalipsis quita el sello al libro de Daniel y lo explica. El “**varón vestido de lino**” de Daniel 12:7 nos recuerda al “**ángel fuerte**” de Apocalipsis que estaba de pie sobre el mar y sobre la tierra, y “**levantó su mano hacia el cielo y juró por el que vive por los siglos de los siglos ... que el tiempo [demora] no sería más, sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas**” ¡incluyendo a Daniel! (Apocalipsis 10:5-7). El Señor nos está hablando mediante esos dos libros combinadamente.

Daniel 12:8-10: Yo oí, pero no entendí. Dije entonces: “Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas?”. Él respondió: “Anda, Daniel, pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin. Muchos serán limpios, emblanquecidos y purificados; los impíos procederán impíamente, y ninguno de los impíos entenderá; pero los entendidos comprenderán.

Los profetas a menudo “han inquirido y diligentemente buscado, escudriñando cuándo y en qué punto de tiempo significaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos ... no para sí mismos, sino para

nosotros administraban las cosas” (1 Pedro 1:10-12). Vivimos en los días que ellos quisieron ver.

El Espíritu de Dios eligió recurrir a símbolos para revelar el futuro a los **“entendidos”**. Ningún otro entenderá ni estará interesado en entender. Sólo los de corazón humilde **“tienen hambre y sed de justicia”** y se esfuerzan diligentemente en tener la iluminación del Espíritu de Dios. De esa forma les es concedido comprender los misterios el reino de Dios. ¿No debiéramos inclinar nuestras cabezas en profundo agradecimiento al Señor que ha tenido a bien abrir ante nosotros la puerta del conocimiento?

Daniel 12:11: Desde el tiempo en que sea quitado el *sacrificio continuo* hasta la abominación desoladora, habrá mil doscientos noventa días.

El ángel proporciona evidencia numérica adicional a la exactitud de estas profecías. Como las vigas y travesaños que refuerzan un puente pesado, esos períodos de tiempo refuerzan las profecías más importantes de Daniel. Los 1.290 **“días”** se deben entender como símbolos proféticos, cada día representando un año literal tal como sucede con los 1.260 días de Daniel 7:25 y de Apocalipsis 12:6.

Se debe recordar que el texto hebreo no incluye la palabra **“sacrificio”**, que fue una aportación de los traductores al pensar que el significado lo requería (ver comentario en el capítulo 8:13-14 y 11:31). El **“continuo”** es un término hebreo que denota el ejercicio constante, en este caso, de la naturaleza autoexaltada de la transgresión: lo que resume el término hebreo *gadal*, la iniquidad inherente al paganismo, que fue quitado políticamente a fin de establecer algo peor: **“la abominación desoladora”**. Comprendemos en ello que el último reducto de resistencia

organizada del paganismo en Europa fue “quitado” a fin de que no hubiera oposición política al establecimiento del papado, que habría de gobernar el mundo por 1.260 años.

El paganismo gobernó una vez la antigua Europa. En la vida moderna abundan restos de las supersticiones que le eran características. Por ejemplo, nuestros días de la semana llevan el nombre de deidades paganas. El domingo como día de adoración es un resto del antiguo culto al sol. La creencia en la inmortalidad natural del alma —no como un don de Cristo— viene del paganismo. Infinidad de costumbres religiosas y festividades sin fundamento en la Biblia, aunque profesan ser “cristianas”, tienen el mismo origen pagano.

Aquel paganismo político (el Imperio romano) fue en la antigua Europa un poder formidable que impedía seriamente el progreso de la Iglesia de Roma. El ángel se refirió a eso en Daniel 11:31 (también en 2 Tesalonicenses 2:7). Ahora declara que desde que el paganismo fuera “quitado” como fuerza política, y establecido el poder papal, pasarían 1.290 años [hasta su final como poder perseguidor]. Está implícito que el final de ese período de los 1.290 años es el final de la supremacía papal, que ocurrió en 1798 al perder el papado el poder temporal (civil). Al restar 1.290 años de 1798, llegamos al año 508.

Por aquel tiempo se dieron cambios profundos en la vida de Europa. El año 496 Clodoveo, el rey de los francos (más tarde Francia), se “convirtió” a la fe católico-romana. Comenzó inmediatamente a imponer por la fuerza su recién descubierta “fe”. Aunque sus soldados paganos no habían experimentado cambio alguno de corazón ni conversión del carácter, les ordenó a todos ellos atravesar un río a pie, resultando así “bautizados”. Ese tipo superficial de conversión resultaba más agradable y natural al

corazón humano que la fe del Salvador, quien dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame” (Lucas 9:23). Clodoveo y sus soldados asumieron el nombre y la profesión del cristianismo.

A partir de entonces el rey de Francia fue siempre aclamado como el príncipe “más cristiano” de Europa, y como “el hijo mayor del papado”. El bautismo de Clodoveo preparó el camino para la supremacía de un sistema de religión en Europa que duró 1.260 años; un sistema con “apariencia de piedad”, pero negando “la eficacia de ella” (2 Timoteo 3:5). Hasta el día de hoy es la costumbre de multitudes hacer ese el mismo cambio superficial desde el paganismo hacia una profesión de cristianismo vacía y desprovista de poder. Un cambio que nada sabe del poder de la victoria sobre el pecado ni de la victoria sobre el amor a uno mismo. Jesús dijo: “Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí, pues en vano me honran enseñando como doctrinas mandamientos de hombres” (Mateo 15:8-9).

Si bien el paganismo era un “continuo” transgredir, hay algo peor: la “abominación desoladora” de una profesión de cristianismo vacía y apóstata.

El pagano puede despertar a un sentido de su necesidad de un Salvador del pecado. Pero resulta casi imposible despertar la conciencia y corazón de aquel que siente que su vana profesión de cristianismo lo pone en una situación de “me he enriquecido y de nada tengo necesidad” (Apocalipsis 3:17). Multitudes que han sido engañadas por el “cuerno pequeño” o “abominación asoladora”, permanecen en un estado de ceguera como el de los antiguos judíos, no habiendo recibido nunca a Cristo en el corazón como único Sacrificio *por* el pecado, y como único Salvador *del* pecado.

En el libro de Daniel, el Señor separa la cortina y expone al “[misterio de iniquidad](#)” (2 Tesalonicenses 2:7). Lo hace con el propósito misericordioso de proporcionar luz, y para advertirnos de que prestemos oído a la voz del genuino Buen Pastor.

Al poco de bautizarse, Clodoveo inició una serie de guerras para someter a la Iglesia de Roma los restos de oposición entre los reyes no católicos de Europa. A comienzos del año 497 lanzó una campaña contra los visigodos a quienes conquistó, matando a su rey. En el año 508, Teodorico, el último de los reyes que se oponía a la fe de Roma, luchó contra Clodoveo. Aunque parecía tener de su parte la ventaja militar, por alguna extraña razón hizo las paces con él. Fue entonces cuando murió el paganismo político, el “[continuo](#)”. Aquel mismo año surgieron Clodoveo y la Iglesia de Roma como los dueños incontestables de Europa. Quedaba despejado el camino para el completo establecimiento del papado, que tendría lugar treinta años después: el 538 de nuestra era.

Daniel 12:12-13: [Bienaventurado el que espere y llegue a mil trescientos treinta y cinco días. En cuanto a ti, tú irás hasta el fin y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días.](#)

Es razonable concluir que los 1.335 “[días](#)” tienen su inicio coincidiendo con el inicio de los 1.290 “[días](#)” (simbólicos). Sumando 1.335 al año 508 nos lleva al año 1843. ¿Cómo podemos considerar especialmente bendecidos quienes vivieron en aquel tiempo?

En Daniel 8:14 hemos visto que la hora del juicio de Dios comenzó en 1844. Fue entonces cuando los 2.300 años llegaron a su fin. En ese tiempo se comenzó a predicar el mensaje de la hora de su juicio “[a los habitantes de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo](#)” (Apocalipsis 14:6). Los que vivían en aquel tiempo —y los que vivimos ahora— fueron —somos— más bendecidos que cualquier

generación precedente. Jesús dijo a sus contemporáneos: “Bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen. De cierto os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron” (Mateo 13:16-17). El nuestro es el tiempo de “la purificación del santuario”. Estamos en el glorioso cumplimiento de la profecía inspirada que el ángel transmitió. Estamos ante el súbito y prodigioso aumento de “la ciencia”. Pronto vamos también a ver a Jesús viniendo del cielo con las nubes.

Daniel no ascendió al cielo tan pronto como murió, aunque ciertamente fue santo mediante su vida de fe. El ángel le dijo que reposaría en su sepulcro hasta el “fin de los días”. *Entonces* recibirá su “herencia”, que en original griego es *goráI*: “destino” o “suerte”, como traduce la Biblia RV 1909. Y ese destino se decide en el juicio, cuando los nombres de todos los que fallecieron profesando la fe de Cristo —entre ellos Daniel— sean investigados. “Pues Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa oculta, sea buena o sea mala” (Eclesiastés 12:14).

Pero creemos que el destino de Daniel quedó asegurado al haber confesado y abandonado sus pecados. Pasó su vida entera al abrigo del Altísimo y bajo la sombra del Omnipotente (Salmo 91:1). Tal como pasa con el sarmiento y la vid, moró en Cristo, la Vid viviente, mediante una comunión constante con Dios, un esmerado estudio de su Palabra y la elección constante de creerle y servirle. En su corazón había ya vida eterna como fuente de agua de vida que mana, refrescando a todos los que le rodeaban. Su muerte fue sólo un sueño. Estará entre “los que son tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos” (Lucas 20:35), tal como afirmó el Salvador. ¿Estaremos tú y yo con él?